

**¡QUE VENGAN
CUANDO QUIERAN!**

**PABLO CARNICERO
DE LA CÁMARA**

©De la portada: Jorge Moreno Taniñe.

©de las ilustraciones: Third Guy Studio

© Pablo Carnicero de la Cámara.

Extracto gratuito de la novela.

Revisión ortotipográfica:

Neftalí Lamolda (@neftali.bookstagrammer)

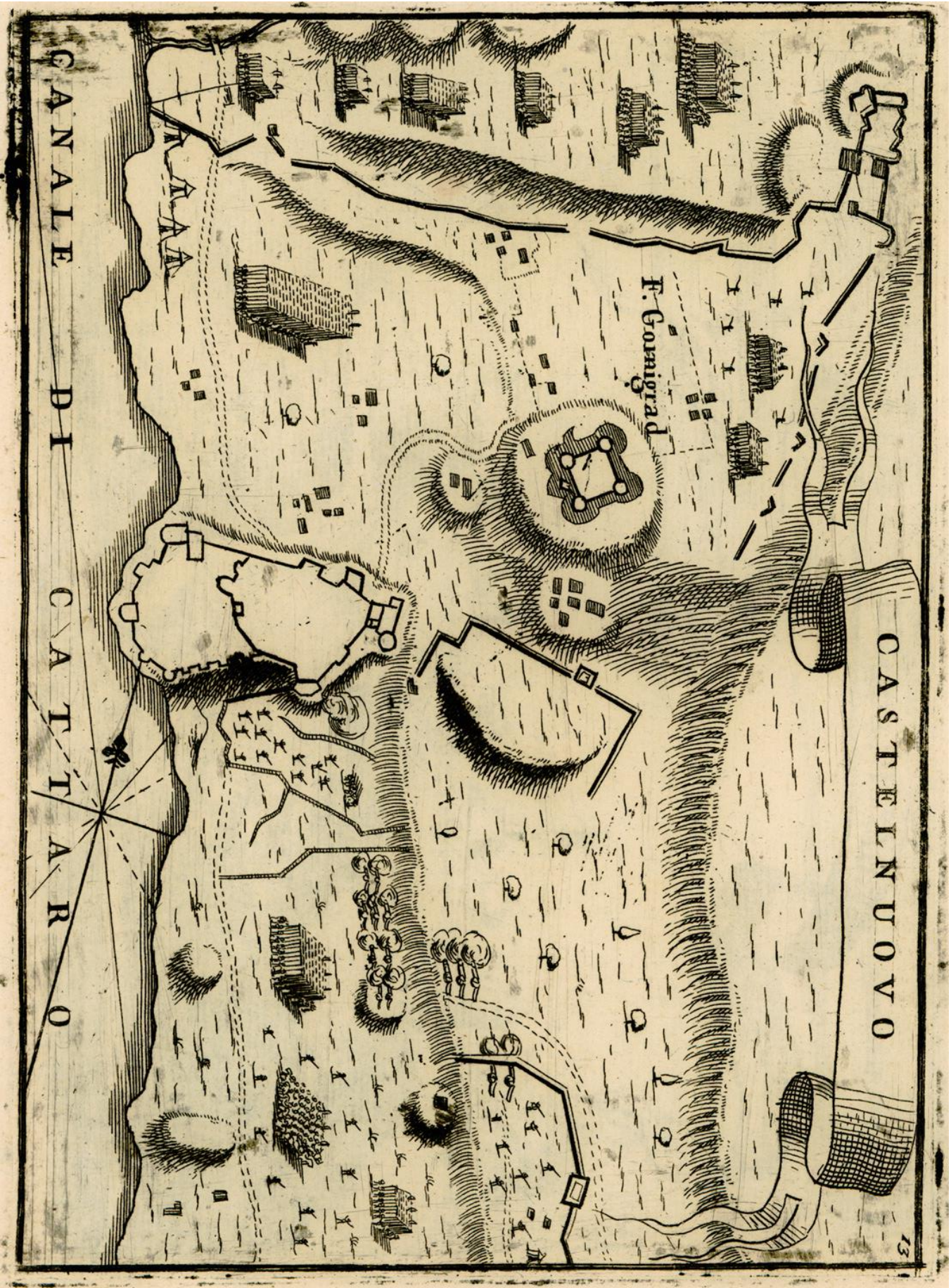
Revisión general: David López.

Puedes conseguir más información en mi web: [Pablo Carnicero](#)

[Escritor](#)

Encuentra todas mis novelas en Amazon: [NOVELAS PABLO CARNICERO](#)

Todos los derechos reservados. Está prohibida la distribución y la reproducción total y parcial de la obra sin el expreso consentimiento del autor



CANALE DI CATTARO

F. Gornigrad

CASTELNUOVO



I

Noche del 4 de agosto de 1539.
Campamento turco instalado en el sitio de la ciudadela de Castilnuovo.

Los soldados, inclinados en señal de sumisión, mantenían las cabezas agachadas y los ojos cerrados, como si implorasen la intervención divina para salvar sus vidas. Ante ellos, acariciándose el fiero bigote de su barba carmesí, Hizir bin Yakup, conocido en la cristiandad como Jeireddín Barbarroja, consideraba en silencio las palabras de los desertores. Era un hombre corpulento, de no muy elevada estatura, cabellera larga del color del fuego anudada en la nuca, barba y bigotes indomables como las lenguas del incendio azulado por el odio que abrasaba su mirada. Apretaba las poderosas mandíbulas con rabia, como si masticase los pensamientos y, a fe de sus lugartenientes, su voz bramaba con un torrente de fuerza y determinación. Se protegía con una coraza ribeteada en oro y plata, sobre sus ropajes amplios confeccionados en seda e hilo de oro.

El almirante en jefe de la flota turca, el hombre más odiado y a la vez más temido en todo el Mediterráneo, tomó asiento mientras consideraba el siguiente paso a seguir. Conquistar el Castillo Alto de la fortaleza le había reportado un número desproporcionado de bajas, unidas a las ya desorbitadas cifras que había cosechado desde el inicio del asedio. La determinación de un puñado de andrajosos cristianos encerrados entre las ruinas de la ciudadela tejía una nube de ira que le ofuscaba los pensamientos. Tan solo ansiaba verter la sangre infiel de sus enemigos, desmembrar sus cuerpos y torturar a los supervivientes para cobrarse en vidas, con toda la crueldad del infierno, el terrible desgaste que tomar aquella plaza había supuesto. Su asistente más fiel, Ulamen, gobernador del *sancak* de Bosnia, se mesó las barbas de manera indiferente. Si aquel hombre, a quien Jeireddín escuchaba con atención, mantenía silencio, ningún miembro del resto de la plana mayor turca osaría tomar la palabra.

La voz del general turco, poderosa y grave como si procediese del interior de la tierra, volvió a preguntar en un torpe castellano:

—¿Y decís que deberíamos atacar?

Había incredulidad en sus palabras, y los tres prisioneros temblaron como si los hubiera azotado un látigo de mil puntas. Uno de ellos, conocido como Cortina, se atrevió a replicar:

—Así es, mi señor. El maestre Sarmiento apenas dispone de hombres en condiciones de continuar con el combate. Muchos de ellos sufren heridas, otros están exhaustos.

El español era un hombre menudo aunque de porte recio, andrajoso y sucio como una rata de alcantarilla. No parecía el informador más fiable, pero Barbarroja era consciente de que precisamente aquellos hombres lo fiaban todo a lo único que les podría salvar la vida: el éxito de sus captores. Alzó la mano, y al instante sus asistentes se llevaron a rastras a los tres traidores, quienes habían coincidido por separado en la misma información: el maestre Sarmiento apenas contaba con un millar de soldados, muchos de ellos malheridos y otros muchos exánimes.

Necesitaba concluir el asedio de manera rápida y eficaz.

—A primera hora del día asaltaremos de nuevo la ciudad —concluyó como si hablara para sí mismo—. Los jenízaros deberán encabezar la ofensiva, seguidos por la caballería desmontada. Que la artillería continúe batiendo la ciudad hasta que nuestros hombres comiencen el ataque.

Sus lugartenientes inclinaron las cabezas y respondieron al unísono:

—¡*Al·lahu-àkbar!*

Jeireddín los despidió con un nuevo ademán de la mano, y el odio proseguía incendiando su mirada mientras sus pensamientos comenzaban a aclararse. Aquellos perros infieles pagarían muy caro todo el daño que le habían provocado.

«Lo pagarán muy caro», juró en silencio.



II

*1 de julio de 1539, treinta y cinco días atrás.
Interior de la fortaleza de Castilnuovo.*

—Por Belcebú que no lo entiendo.

El soldado Domingo de Cádiz negaba con la cabeza mientras se hurgaba en las uñas con su daga de misericordia. La llamaba así porque con ella otorgaba «misericordia» al enemigo cuando ya no conservaba más argumentos entre sus manos. Hombre rudo, tallado en piedra oscura gaditana, de barbas enmarañadas y frente teñida de suciedad, vestía ropas de color indeterminado merced al mismo tinte que le que cubría la faz.

Junto a él sus camaradas compartían la suciedad acumulada durante varios días apuntalando las defensas de la fortaleza. Diego de Alarcón arqueó las cejas pobladas y frunció el ceño. Era algo más alto y mucho menos fornido, de mirada ligeramente extraviada y rostro alargado cuya nariz auguraba la poca limpieza de sangre de sus antepasados. Se encontraba muy cerca del gaditano, ambos tendidos en el suelo mugriento del lugar que compartía junto a sus compadres, con la espalda apoyada en la pared y la mirada fija en un punto indeterminado del lugar.

—Hablar con el capitán supone dividir las ganancias, cuando menos —apuntó huraño.

Los siete soldados habían expulsado de la sala común a los mochileros y habían formado casi inconscientemente un extraño círculo de miradas esquivas e indiferentes, aunque sin perder detalle de la conversación. No era para menos. Integaban la bandera del capitán Machín de Munguía, un vizcaíno más duro que las rocas que conformaban aquella región abrupta, y con más victorias sobre el turco que cualquiera de los capitanes de los tercios españoles. Y, aunque apenas conocían a su superior, pues habían sido destinados a aquella compañía recientemente, sí que eran conscientes de las consecuencias que podría acarrear revelarles la información descubierta. Temían, por añadidura, el desdén de sus propios compañeros, ya que apenas eran la única cuadrilla no vizcaína en la bandera, detalle que había supuesto una deshonra para el propio Munguía, quien hubo de admitir a los refuerzos a regañadientes. Este habría preferido no cubrir las bajas recibidas en la toma del puerto de Préveza, donde tanto él como sus hombres habían ocasionado grandes destrozos al ejército turco, pues a su entender el reemplazo consistía en un puñado de soldados de baja ralea. Los vizcaínos al servicio de la bandera de Munguía eran soldados valientes, gente de hígados capaces de alimentarse con las piedras de las murallas, tan duros que ni dos escuadras de jenízaros, la temible guardia de élite de Barbarroja, lograron derrotarlos en Préveza. Y aquello era tenido muy en cuenta por los orgullosos soldados.

La cuadrilla era compuesta, además, por el soldado Martín de Alarcón, hombre menudo, menos fornido que el gaditano, pero sin duda el más inteligente de cuantos allí se reunían; el soldado Luis de Jaén, de figura tan desgarrada y afilada como un estilete; Jaime de Barra, un soldado de estatura elevada pero no tanto como la de Luis, miembros enjutos pero vigorosos y zancada alargada; Rubén de Aragón, quien se encontraba en el

centro del improvisado círculo, corpulento, de barbas morenas y cabello oscuro ensortijado, ropas de colores chillones y ademanes tan engolados como los del mismísimo maestro, y el cabo Javier de Sevilla, un andaluz de cabello rubio tan ensortijado como el de su compañero aragonés, con el que compartía además una afición enfermiza a los naipes y los juegos de azar, lo cual le había ocasionado en tantas ocasiones la degradación, que se decía que podría haber liderado una compañía en aquel mismo tercio.

—Estoy de acuerdo con Diego —dijo Luis de Jaén—. En asuntos de *dineros*, una barba más a repartir es un fastidio.

El cabo se removió inquieto sobre su taburete. Vestía ropas de cuero muy desgastadas pero limpias y remendadas con esmero.

—Entiéndanme vuestras mercedes —intercedió—. Yo solo no tengo la autoridad pertinente para vigilarlos. Necesito la ayuda del capitán.

—Pero solo Dios sabe si el capitán accederá a colaborar —replicó Domingo con un gruñido—. No me fío ni un pelo de ese vascongado.

Rubén de Aragón extendió los brazos e inclinó el rostro, como si discutir con sus camaradas supusiera un esfuerzo mayor que el de pelear contra el hereje.

—Lo explicaré con palabras más sencillas —dijo con enfado—: Necesitamos vigilar al pelotón de Fernando Mallorquín porque alguno de esos hideputas tiene el documento. Y para hacer esta labor, necesitamos estar cerca de ellos. Y solo el capitán puede ayudarnos en tal menester, porque nuestro buen amigo el cabo carece de la autoridad pertinente.

—¿Así que proponen vuestras mercedes acudir con el cuento al capitán más honrado de los tercios españoles? —inquirió el gaditano con creciente frustración.

—Iremos Diego, Rubén y yo —dijo el cabo con voz autoritaria.

Jaime de Barra se hurgó los dientes con su daga y fijó la mirada en Domingo.

—Si lo propone el cabo, no hay más que hablar —añadió desafiante.

—No hay más que hablar —coincidió Martín con el mismo tono.

—Así pues, si vuestras mercedes no me lo impiden —el cabo se giró hacia la puerta—, informaré al capitán, y nos encomendaremos a su buen criterio. No es papeleta sencilla la mía: soy el único oficial de la bandera no vascongado, lo que me obliga a morderme el mostacho y girarme en más de un lance por no destripar a alguno de mis camaradas, quienes me consideran algo parecido a un perro hereje infiel.

Abandonó la estancia sin aguardar réplica.

—Espero que nuestro capitán tenga el alma en paz —masculló Domingo de Cádiz—, porque como ose impedirnos hacernos con el documento, juro por Belcebú que lo mandaré con sus antepasados en el primer lance.

—Nuestro capitán es hombre cabal —replicó Rubén mientras apoyaba una mano amistosa sobre la espalda de su camarada—. El cabo lo hará entrar en razón.

Nadie replicó. El tañido sordo de una campana indicaba que el descanso del mediodía tocaba a su fin, de manera que debían regresar a los trabajos. Pero todos eran conscientes de que las palabras del gaditano reflejaban el pensamiento de cada uno de ellos: vascongado o no, valiente o cobarde, si el capitán se interponía entre ellos y el documento, era carne de arcabuz.

El capitán Machín de Munguía observaba uno de los planos de la costa adriática acodado sobre una amplia mesa de madera. Su bandera se encontraba acuartelada en el Castillo Alto de la ciudadela, y la luz de la tarde se filtraba a través de uno de los ventanales del último piso de la torre principal, desde donde era posible divisar todo el contorno con un solo vistazo. El rostro del cabo Javier de Sevilla apareció tras la puerta.

—Con permiso de su excelencia.

El capitán alzó la cabeza lentamente y enarcó las cejas tratando de recordar de quién se trataba aquel soldado.

—Pase..., ¿cabo? —inquirió, mientras se recostaba en su asiento y alzaba ligeramente la mano.

—Cabo Javier de Sevilla —se presentó inquieto el recién llegado. Escuchó a su espalda la voz de sus dos camaradas, quienes protestaban airadamente ante la guardia que protegía la estancia del capitán.

—Pase.

Javier de Sevilla cerró la puerta y las voces quedaron apagadas. Tragó saliva.

—Necesitaba comunicarle una novedad, excelencia.

La habitación era de tamaño reducido, con paredes de piedra salpicadas por alguna estantería de madera algo destartada y una amplia mesa rodeada por asientos de madera.

El capitán era un hombre de mediana edad, corpulento y macizo como la propia mesa donde apoyaba los codos, mostacho castaño largo y fiero, mirada intensa y rostro ovalado. Vestía un holgado jubón pardo y valona lisa. Se acarició el bigote con dos dedos de la mano derecha mientras observaba al cabo del que seguramente no lograría recordar su nombre después de que se hubiera marchado.

—Decidme.

El sevillano se mantuvo inmóvil, intimidado por la presencia de su superior.

—Anoche uno de mis soldados trabó conocimiento de un extraño suceso en el campamento.

El capitán se reclinó y el asiento crujió como si respondiese al cabo.

—¿Qué suceso?

—El soldado Rubén de Aragón terció a los naipes con uno de los soldados de la bandera del capitán Cimbrón, un cabo llamado Carlos de Toria.

—Suceso novedoso, según veo.

El cabo ignoró el sarcasmo y prosiguió:

—Se apostó mucho, excelencia, quizá guiados por los vapores del vino, de manera que después de mucho beber y jugar, el cabo de Toria terminó sin blanca y debiendo una considerable suma de dinero.

Tragó saliva. Habría agradecido un trago de vino, o incluso agua corrompida, cualquier ayuda que le facilitase el habla. Comenzaba a sudar como si se encontrara bajo el sol de agosto.

—Abrevie, cabo, tengo trabajo...

—El asunto se resume en que el cabo de Toria se ofreció a pagar después de unos meses, cuando el panorama se hubiera tranquilizado por estas costas.

—¿Y cómo habría de pagar?

—Guarda entre sus posesiones cierto documento que podría situarlo en una posición muy ventajosa.

El capitán se apoyó sobre la mesa.

—¿Qué documento?

—Un documento por el que cierto judío, afincado en Génova, entregaría sin preguntar una considerable suma de ducados.

—¿Y cómo podría guardar un simple cabo un documento similar?

—Eso mismo me preguntaba yo, pero el cabo juraba y perjuraba en poseerlo con el conocimiento del capitán Cimbrón. Al parecer, él mismo fue el responsable de conducir ese oro hasta Génova por orden de su capitán.

Munguía permaneció en silencio, escrutando con detenimiento el rostro de su cabo.

—¿Es de fiar ese tal aragonés?

—Lo es, excelencia.

—No mentirá, pues.

—Es imposible.

—¿Quién más se encuentra al tanto de esta información?

—Su cuadrilla y yo, excelencia.

La frente del vascongado se arrugó, y sus dedos regresaron al mostacho.

—Sois, creo recordar, el reemplazo enviado por el maestro para cubrir las bajas recibidas en La Préveza.

—Así es, excelencia. Un pelotón y un servidor.

—El maestro afirma que sois hombres de hígados, que luchasteis con valentía en la toma de esta plaza.

—El maestro Sarmiento es muy generoso, excelencia.

—Lo es, en efecto. Ahora queda demostrarlo. ¿Podemos confiar en la discreción de sus hombres?

—Serán como tumbas, excelencia.

—Entonces deberemos trazar un plan para hacernos con ese documento, ¿no lo cree, cabo?

—Eso teníamos en mente, pero preferíamos informar a vuestra excelencia.

—Me doy por informado, y tengo gran curiosidad en conocer qué clase de documento esconde tan en secreto el capitán Cimbrón. Puede retirarse, cabo, y aguarde órdenes al respecto.

El cabo Javier de Sevilla se giró y desapareció al instante. El capitán permaneció pensativo mientras posaba la mirada sobre el plano del norte de Italia, donde se dibujaba la región de Lombardía.

Su intuición acababa de indicarle cuál podría ser la procedencia del oro que escondía el hideputa de Cimbrón.

III

Ciudadela de Castilnuovo.

3 de julio de 1539

Domingo de Cádiz metió pies y logró hacer retroceder a su contendiente, quien lanzó un reniego y tropezó, aunque no le perdió la cara. Un murmullo se elevó en el círculo de soldados que observaba el lance con júbilo; una buena pelea siempre era la excusa idónea para apostar algunos escudos. Todos desconocían el propósito por el que aquellos dos españoles se batían como si de enemigos a su religión se tratase: daga vizcaína en mano siniestra y la diestra bien armada con acero toledano. Los luchadores caminaron en círculo, estudiándose con el odio refulgiendo en las miradas, después de dirigirse algunas estocadas previas sin importancia.

—Voy a trasladarlos cerca de la cuadrilla del de Toria —dijo el capitán Munguía mientras observaba la riña desde su posición privilegiada en la torre alta.

El cabo Javier de Sevilla se encontraba a su espalda, aguardando con paciencia a que su superior le dirigiese la palabra. Apretó la mandíbula molesto, pues aquella inoportuna llamada del capitán le privaba la oportunidad de ocupar la primera línea de espectadores en el lance de su camarada.

—Aunque, según veo, vuestras mercedes ya han decidido comenzar el trabajo.

El cabo tragó saliva.

—No encuentro razón para creer tal cosa, excelencia.

El capitán sonrió ligeramente.

—¿No es ese soldado, el que pelea contra vuestro camarada, miembro de la bandera de Luis Cimbrón?

—Lo desconozco, excelencia.

—Pues yo no lo desconozco, cabo. Y sus camaradas se encuentran muy lindamente en el círculo de ociosos disfrutando del espectáculo.

Borró la tenue sonrisa de su rostro antes de girarse hacia su subordinado, como si deseara ocultarla.

—Estos lances estúpidos solamente nos debilitan —protestó con voz severa—. Deberíamos evitar que los soldados riñesen entre sí. Hoy morirá un buen soldado a manos cristianas.

El cabo desvió la mirada ligeramente decepcionado. Suponía que el capitán, al tratarse de un hombre de honor, podría comprenderlo. Formaba parte de la idiosincrasia del soldado español: su honor siempre limpio y su sangre, inmaculada. Todo aquel que osara ponerlo en duda lo pagaría caro, motivo por el cual los soldados españoles no concebían la retirada en pleno campo de batalla como una solución viable. Peleaban o morían, sin término medio. Y en muchas ocasiones caían con honor, mas en otras muchas lograban una victoria imposible. Por aquel motivo peleaban aquellos soldados entre sí.

—Mi camarada tiene mano hábil, con algo de fortuna evitará enviar al cristiano al purgatorio.

El capitán regresó al ventanal. La ciudadela de Castilnuovo se recostaba sobre una de las abruptas laderas de la costa de Dalmacia, dominando con insolencia el golfo de Cattaro. El propio Tercio de Sarmiento había arrebatado la plaza de las manos turcas poco

tiempo antes, y el emperador Carlos V la había dispuesto como cabeza de puente para dominar la costa en manos de los turcos. Uno de los castillos, erigido en lo más alto de la loma sobre la que se tendía la fortificación, dominaba todo el terreno circundante, y representaba una atalaya excepcional desde donde era sencillo controlar el movimiento marítimo de la costa. El círculo central protegía un pequeño racimo de casamatas, edificios chatos de madera, barro y piedra que albergaban a la escasa población que habitaba el lugar, y que aprovechaba el emplazamiento estratégico para el comercio marítimo y la pesca. Un castillo construido en las faldas de la pendiente protegía la ladera inferior y custodiaba el tráfico que transcurría en el golfo. La disputa se desarrollaba en una pequeña plaza formada por los chamizos de los pescadores en el exterior de la fortificación.

—El tiempo apremia —prosiguió el capitán, como si hablara para sí mismo—. El maestre Sarmiento teme que Barbarroja reorganice su flota y la lance contra nosotros, lo cual puede suceder en cualquier momento.

—Pero nuestra flota...

El capitán acalló las palabras del cabo:

—El capellán italiano me ha revelado que la Santa Liga se ha disuelto, por lo que las flotas italiana y vaticana no nos auxiliarán. Hemos avistado naves turcas en los alrededores, seguramente naves de reconocimiento.

El cabo Javier de Sevilla lanzó un reniego silencioso.

—¿Conoce su excelencia el motivo por el que Su Majestad ha decidido que defendamos nosotros la plaza?

El capitán se encogió de hombros.

—Nadie puede justificarlo, cabo. Lo sensato sería cederla a los italianos. Ese Andrea Doria blasfemó como un hereje cuando recibió la noticia de la decisión real, según me relató su capellán. Por ese motivo la flota italiana se encuentra lejos, y a no mucho tardar pondrá rumbo a Venecia.

—Una noticia nefasta.

—Así es.

El capitán observó a Domingo herir la mano derecha de su contendiente y acto seguido apoyar la punta de la toledana en su cuello. Contuvo el aliento, y respiró aliviado cuando el soldado vencido decidió soltar la espada y poner fin a la disputa.

—He dispuesto que dos tercios de la cantidad que logremos rescatar con el documento se repartan entre los familiares de los caídos en mi bandera.

Los músculos de Javier de Sevilla se tensaron como los cabos de una nave en una tormenta. Su capitán se giró de nuevo y posó sobre él una mirada tan abrasadora como la del mismísimo diablo, pues parecía ser consciente de la reacción de su subordinado.

—Vuesa merced y sus camaradas se repartirán el tercio restante. Yo no dispondré de ducado alguno, puesto que es dinero vil.

—Su excelencia es muy generosa con sus hombres...

El capitán Machín de Munguía lo interrumpió de nuevo. Aunque hablaba con autoridad a un simple suboficial, aquella continua falta de respeto al interrumpirlo bien podría haber sido motivo de una disputa similar a la que se había dirimido en el exterior de la fortaleza. Ambos eran conscientes de ello, y la mirada del cabo comenzaba a endurecerse.

—Cumpla con mis órdenes y vuesa merced descubrirá que mi palabra vale más que cualquiera de los documentos firmados por judíos o cristianos. Puede retirarse, cabo.

El aludido inclinó la cabeza y abandonó la sala de planos. Aquella noticia iba a causar un gran disgusto entre sus compadres...

4 de julio de 1539

El maestro don Francisco de Sarmiento se encontraba estudiando un legajo de documentos en el salón principal del Castillo Alto en el instante en el que el capitán Machín de Munguía hizo acto de presencia. El rostro afilado del maestro apenas se inmutó hasta que el oficial tomó asiento frente a él y depositó su sombrero sobre un extremo de la mesa. El capitán vestía ropajes de color ocre de buen paño, coraza repujada y espada elegante de buen acero toledano. Su superior se recostó sobre su asiento y cruzó las manos sobre el manuscrito que había contemplado largamente.

—No es muy conveniente el uso de sombrero en una fortificación —dijo a modo de chanza—. Incluso para un vizcaíno como vos.

El aludido se mesó la oscura barba encrespada y mostró una media sonrisa complaciente.

—Los de mi tierra elegimos morir donde nos place —replicó con voz grave—, pero hasta que la media luna sarracena aparezca ante nosotros, no tomaré más precaución que la que mi deber así lo disponga, excelencia.

Don Francisco giró el rostro divertido, pero al instante un poso de amargura se reflejó en su mirada.

—He recibido más noticias del exterior —dijo mientras apoyaba la mano derecha sobre un pequeño legajo de manuscritos—. Ninguna de ellas nos ofrece un resquicio para el optimismo.

—El capellán de Doria afirma que la flota del turco se aproxima hacia nuestras costas —indicó el capitán.

—Información muy veraz, a fe mía —replicó el maestro. Empujó una de las cartas hacia el oficial—. El sobrino de Andrea Doria me anuncia que ha logrado capturar un par de naves turcas, y las noticias revelan que toda la flota turca viene sobre nosotros.

—En poco tiempo nos bloquearán el paso marítimo.

—Yo diría que ya han cumplido con tal propósito —dijo don Francisco. Guardó silencio durante un instante—. Es preciso recibir más noticias, capitán. Si la flota de Barbarroja se cierne sobre nosotros sin recibir apoyo terrestre, podremos reforzarnos desde el interior del país. Pero si sucede lo que todos tememos, pronto estaremos rodeados de enemigos.

—¿Y quién podría prestarnos tal apoyo?

—El capitán Zambrano se encuentra en Brindisi negociando la llegada de refuerzos —dijo el maestro con energía.

Su voz resonó en el amplio salón. Los rayos del sol se filtraban a través de media docena de ventanales desprovistos de protecciones que permitían la entrada de una ligera corriente que refrescaba la estancia.

—¿Cuántos hombres? —inquirió el capitán.

—Los suficientes para romper el asedio y obligar a Barbarroja a regresar a sus navíos —replicó don Francisco—, pero son negociaciones sumamente complejas, pues se trata de obtener los servicios de un gran número de mercenarios.

—¿Nuestro emperador no ha enviado órdenes?

El maestro empujó otra misiva hacia su interlocutor.

—Nos ordena mantener la plaza y ocasionar tantas bajas al enemigo como sean posibles —replicó con desdén.

—Ni siquiera nos ofrece la promesa de auxilio —murmuró el vizcaíno mientras leía la carta enviada por uno de los secretarios del emperador—. Tan solo palabras frías y cargadas de desprecio.

—No recibiremos ayuda de nuestro rey —sentenció don Francisco con desconsuelo.

—Si el capitán Zambrano...

—Entonces necesitaríamos el oro del que carecemos —interrumpió el maestre—. Endeudé mis caudales para sofocar el motín del año pasado, y carezco de apoyo en la corte para obtener más fondos.

—Rogemos a Dios para que nuestro valioso capitán Zambrano logre cerrar las negociaciones —replicó el capitán con energía—. En cuanto al oro, quizá el destino nos brinde una oportunidad de lograrlo, excelencia.

Pero, aunque el capitán Munguía podría despreciar o quizá desconocer el valor de los soldados recién llegados a su bandera, poseía la inteligencia suficiente como para darles una satisfacción. Dos días después de recibir la noticia del reparto del botín, lo cual agrió, en efecto, el carácter de los soldados, les comunicó que la cuadrilla del cabo Javier de Sevilla formaría parte de la próxima cabalgada.

Media centena de jinetes cabalgaría durante aquella noche al encuentro del campamento de los exploradores turcos y tras el ataque se retiraría de inmediato, puesto que aunque la plaza obraba en manos cristianas, el territorio circundante aún se mantenía hostil a la cruz. El propósito del maestre Sarmiento era capturar algún prisionero que, tras recibir los *cuidados* adecuados con las herramientas precisas, revelase la ubicación y composición de las fuerzas turcas más cercanas. La ausencia de noticias era alarmante, y la tropa comenzaba a mostrarse más levantisca y agresiva que de costumbre. Si la Santa Liga se había disuelto, significaba que las próximas velas que avistarían en el horizonte mostrarían la media luna, de manera que necesitaban conocer exactamente qué naipe les había caído en suerte, fuese cual fuese. Además, aquella acción levantaría la moral de la tropa.

La noticia de la inclusión de los componentes de la cuadrilla del cabo Javier de Sevilla en la cabalgada fue recibida con decepción en la bandera del capitán Munguía. Cada capitán recibía la gracia de designar una cuadrilla para la misión, de manera que elegir a soldados no vizcaínos para representar a una compañía compuesta casi en su totalidad por soldados de tal procedencia encendió los ánimos de los más levantiscos. Los cabos, sotacabos y hasta el propio alférez Murriagaín intervinieron para aplacar el malestar, conscientes de que la decisión de su capitán había sido muy adecuada: la manera más sencilla de conseguir que aquellos recién llegados se adaptasen a sus nuevos camaradas podría consistir en demostrarles que eran soldados capaces, y aunque apenas eran un puñado de soldados, la propia compañía había recibido tantas bajas en La Préveza que cada espada era tan apreciada como el oro acuñado por el emperador.

El escuadrón aguardó oculto entre las casamatas del círculo central hasta la llegada de las sombras nocturnas, momento en el que el medio centenar de siluetas se escurrió entre las puertas de la ciudadela. Los corceles aguardaban a dos millas, ocultos por un espeso pinar ante la posible vigilancia de espías turcos. Los españoles caminaban con rapidez, agazapados como si no desearan que la luz de la luna los traicionase al perfilar sus formas. Martín se protegía, bajo el embozo de un amplio capote oscuro, con su colete de acero decorado por los recuerdos de las estocadas de enemigos pasados. Marchaba ligero, ya que la pistola, arcabuz y los avíos necesarios para la noche aguardaban sobre la grupa de su corcel, protegidos con paños para evitar el entrechocar del metal que los

delataría en el silencio nocturno. Mantenía, al igual que sus camaradas, las manos sobre los pomos de sus armas, alerta ante cualquier indicio de traición oculta entre la espesura de la noche; pues si bien era el momento adecuado para atacar a los turcos, estos también podrían haber diseñado un plan idéntico, destinado a la caza de cristianos fuera de las murallas de la ciudadela. La noche era algo fresca en aquellas tierras, aunque pronto Martín comenzó a sudar. Luis de Jaén, quien avanzaba el primero gracias a sus grandes zancadas, avistó al vigía que protegía a los corceles y susurró la contraseña antes de que este le alumbrase la cara con un fogonazo preventivo, ya que tenía orden de disparar con su pistola a toda figura que se aproximara y no pronunciase la frase adecuada.

—Dios sabe que nunca reniego de una buena emboscada —farfulló entre dientes Domingo de Cádiz mientras se encaramaba a su montura con torpeza—, pero cabalgar a oscuras con un animal desconocido no es plato de mi gusto, pardiez.

—A ninguno de nosotros nos acomoda —replicó Martín mientras aseguraba los correajes de su corcel—, pero es lo que nos toca, señor gaditano.

—En grupos de diez —ordenó de manera queda el cabo Dorlik, un español nacido en tierras de vikingos de mirada acerada y cabello rubio como el de los herejes flamencos, y que a la sazón servía en la bandera del capitán Pedro Ruiz Gallego—; pena de muerte para el que hable o haga algún escándalo. El que se caiga de la montura, que regrese a pie a la ciudadela.

Dijo aquella última frase lanzando una mirada algo socarrona a Domingo, quien arrugó el mostacho y le devolvió una mirada furiosa. No había peligro de reyerta entre aquellos dos soldados, ya que habían compartido múltiples fatigas en el pasado, cuando ambos formaban parte del funesto Tercio de Lombardía, combatiendo contra los herejes turcos en el Mediterráneo. Juan Dorlik había logrado el ascenso a cabo gracias a la desintegración de dicho tercio y a la formación del nuevo que protegía Castilnuovo.

—Esos dos granujas habrán apostado algo para esta noche —susurró Martín con una sonrisa velada en el rostro.

—Será la misma apuesta de costumbre —apuntó Rubén de Aragón mientras trataba de serenar a su montura—: quien despache más turcos cobrará una suma generosa.

—No quisiera yo terciar en semejante apuesta —añadió la figura embozada de Diego de Alarcón.

Alguien chistó y las voces se apagaron bajo el rumor de los cascos de los corceles. La luna brillaba con fuerza en el firmamento escoltada por un mar de estrellas plateadas. Martín gruñó disgustado, puesto que si bien la claridad de la noche ofrecía la posibilidad de avanzar con rapidez, también podría revelar su presencia con mayor facilidad. No era un buen presagio, y forzar una incursión en campo enemigo en tales condiciones revelaba la inquietud del maestre por lograr noticias inmediatamente. Los corceles avanzaban a medio trote y sus jinetes se mostraban más inquietos por la presencia de enemigos a su alrededor que de errar el camino, pues cada grupo era dirigido por un oficial que había estudiado con detenimiento el trayecto. Pero temían una emboscada, y cada recodo del camino arrojaba enemigos evanescentes, que en más de una ocasión provocaban algún reniego secundado por el relucir de la toledana a la luz de la luna, aunque acallado por la voz seca y autoritaria de su superior. La brisa los arropaba enfriando el sudor y entumeciéndoles los músculos, como tantas veces había sucedido en tierras más desfavorables. Eran tiempos antiguos, cuando el Tercio de Lombardía aún conservaba su honor intacto y se batía con orgullo contra los enemigos de su rey.

Al cabo de dos horas de cabalgata, los jinetes desmontaron en un claro del camino y ataron las monturas a los troncos de los árboles. El cabo Dorlik alzó la mano derecha y organizó silenciosamente a los soldados que componían su improvisada unidad: los seis representantes de la bandera del capitán Munguía y seis hombres más pertenecientes a la

bandera del capitán Pedro Ruiz Gallego. Martín percibía la presencia del resto de los asaltantes desplegados a su alrededor, caminando lentamente para evitar levantar sonido alguno. Todos mantenían el pulso firme, los músculos tensos y el cuerpo agazapado, conscientes de que necesitaban recorrer aquel trecho lo más sigilosamente posible.

Tres gorgoteos ahogados indicaron que los centinelas apostados por los turcos habían sido neutralizados, lo que significaba que el campamento se encontraba cerca. Por fin el grupo se detuvo, amparado por la espesura y estudiando las fogatas del campamento turco ubicado en una hondonada anexa a la playa donde se adivinaba la sombra de una galera. Martín distinguió seis pequeños fuegos y numerosos bultos a su alrededor. A diez metros de ellos, cuatro centinelas recorrían el perímetro del campamento armados por un alfanje y una pistola bien cebada.

—Dispuestos —ordenó la voz ronca del cabo.

Martín respondió de manera automática. Ya había cargado el arma de pólvora e introdujo la bala en el cañón del arcabuz y la atacaba bien. Diego, situado a su izquierda, le tendió una mecha encendida y la fijó en el serpentín. Una sombra surgió entre la espesura, a sus espaldas, y se dirigió hacia el cabo, con quien mantuvo una breve conversación. Acto seguido, el suboficial se dirigió hacia ellos apresuradamente con gesto airado:

—Cambio de planes. Nos movemos. Mantened encendidas las mechas, pero ocultadlas. Si nos descubren, nos hacen picadillo.

Pronto comprendieron el motivo de su irritación: quinientos metros más al norte se encontraba el verdadero campamento de los turcos.

—El capitán Gallego había ordenado un reconocimiento de la zona cercana a la playa, por si localizaban alguna población que pudiera auxiliar a los turcos —le susurró el cabo a Martín mientras se desplegaban alrededor del campamento—. Hemos tenido suerte, porque de haber atacado en la playa, habrían caído sobre nuestras espaldas y nos habrían degollado.

El lugar era una pequeña explanada donde se encontraba dispuesta más de una docena de tiendas de lona alrededor de los rescoldos de una fogata. Un pequeño piquete de vigías patrullaba el perímetro sin mostrar exceso de celo, como si fuesen conscientes de que en el caso de que el enemigo atacase, lo haría sobre el campamento de la playa, y no sobre ellos.

Un nuevo mensajero habló con el cabo, y este se dirigió en voz baja a las dos cuadrillas que mantenía bajo su responsabilidad:

—Apagad las mechas. Atacaremos a cuchillo y espada, sin levantar revuelo, a ser posible. No queremos que lleguen los refuerzos desde el campamento, o, si lo hacen, que sea lo más tarde posible. Recordad: necesitamos prisioneros.

Martín, tras despojarse del manto y depositar el arcabuz en el suelo, se tendió cuerpo a tierra. Comprobó que mantenía su pistola anudada en la espalda por dos correas, así que la depositó junto al arcabuz. Nada de pólvora aquella noche, tan solo acero y sangre.

Tras unos minutos de tensión, el cabo alzó la mano y los doce soldados comenzaron a avanzar agazapados como lobos en la noche. Algunos empuñaban espada y daga, otros portaban pequeñas rodela en la siniestra y toledana en la diestra. No lejos de ellos, el resto de sus camaradas se escurría con sigilo. El capitán alzó la voz y el infierno se desencadenó en el campamento:

—¡Santiago! ¡Cierra! ¡Santiago!

Numerosas sombras irrumpieron en el interior como un vendaval de acero y sangre. La ronda que patrullaba el perímetro apenas logró empuñar las armas antes de caer degollados por los demonios españoles surgidos desde la oscuridad. Martín se arrojó

hacia una de las tiendas y comenzó a acuchillar los cuerpos que se arremolinaban en su interior. Recibió dos impactos en el colete, que replicó con furia agradeciendo la pesada protección que había transportado hasta allí. No era costumbre portar aparataje pesado para tales incursiones, pero él siempre prefería la seguridad de aquella pieza de metal, abollada pero impenetrable para cualquier hoja.

—¡Santiago! —gritó alguien a su espalda; quizá Rubén o Domingo, lo ignoraba. Él contestó de idéntica manera, puesto que tampoco deseaba recibir una cuchillada a manos cristianas. El techado comenzó a arder con rapidez, lo cual les permitió acelerar el trámite de degüello al disponer de algo de luz para identificar a sus víctimas.

Accedió al exterior empapado por la sangre enemiga. Aún proseguía el combate de manera desigual, puesto que los asaltantes acosaban a los turcos como una jauría de lobos en el interior de un redil. La figura de Rubén apareció tras él. Tres turcos se arrojaron sobre ellos empuñando sendas lanzas cortas. Martín desvió la primera de ellas con la daga y hundió su espada en el cuello del atacante. Rubén había logrado esquivar a uno de los enemigos con un movimiento rápido, y un segundo después hirió de gravedad en el estómago a su segundo contendiente. Martín atacó por la espalda al turco que había sido esquivado por su compañero, y hundió de nuevo su toledana en carne enemiga. Los españoles formaban grupos de dos o tres soldados atacando con furia pero con temple a los defensores, quienes apenas habían logrado armarse. El cabo Dorlik combatía con disciplina, sin perder la cara a la refriega, pero sin ofrecer la espalda a una posible cuchillada traicionera. Rubén y Martín irrumpieron en el interior de otro pabellón, encontrando en su interior a media docena de turcos cebando sus mosquetes y encendiendo las mechas. Ante la aparición de dos demonios españoles, los sorprendidos trataron de acelerar el trámite de cargar sus armas, aunque con nula fortuna. Uno de ellos logró alzar su cañón hacia Rubén, pero este le zurció el vientre a tiempo de evitar el disparo.

Accedieron al exterior, y a pocos metros de ellos un fognazo alumbró el rostro del soldado Sebastián de Monforte, un viejo conocido suyo de tiempos del antiguo Tercio de Lombardía, quien se desplomó con la faz destrozada. De inmediato dos españoles acuchillaron al turco, pero aquella era la señal indicada por el capitán para iniciar la retirada, puesto que, a buen seguro, el disparo habría sido escuchado por los acampados en la playa. Domingo había apresado a un turco y lo espoleaba con la punta de la espada como si de un cochino robado se tratase. Dos soldados tomaron el cuerpo caído de Sebastián y lo condujeron hacia la espesura, ya que el capitán también había ordenado no dejar atrás ni muertos ni heridos cristianos. Nuevos estampidos indicaron que los defensores habían logrado recomponerse y hostigaban la retaguardia, y un par de balas disparadas a tientas impactaron en sendos asaltantes. Martín recuperó su arcabuz y su pistola, y al instante el cabo Dorlik se dirigió a él para ordenarle:

—¡Prended mechas! ¡Prended mechas!

Martín y sus camaradas obedecieron al instante y se apostaron tras los troncos de la espesura. El cabo también había tomado un arcabuz, y tras compartir el fuego de la mecha de Domingo, apuntaba a la oscuridad con las mandíbulas apretadas.

—Aguardad al último de los nuestros y después disparad al primer bulto que asome.

Las luces de las mechas de las dos cuadrillas formaron una improvisada línea defensiva. Martín controló su respiración y templó el pulso; no podía errar el disparo.

Minutos después las siluetas de sus perseguidores comenzaron a formarse frente a ellos. La descarga sembró el suelo de nuevos caídos y sus lamentos.

—¡Pistolas!

La orden era innecesaria, puesto que automáticamente todos los defensores las habían empuñado ya para descargar una segunda andanada, que no tardó más que unos segundos en llegar.

—¡Retirada! —gritó el cabo.

Y los doce soldados se replegaron a la carrera habiendo dejado tras ellos un rastro de muerte que les proporcionaría el tiempo necesario para emprender la huída con cierta seguridad. Pero se encaminaban a una travesía tan peligrosa como el asalto al campamento, puesto que debían recorrer a oscuras el trayecto de regreso a sus cabalgaduras. Aquel que tomase el camino equivocado caería en manos de los turcos, quienes no tardarían demasiado tiempo en reemprender la caza, y así fue como cinco corceles se mostraron sin jinete después de que el grupo de Martín hubiera montado sobre sus cabalgaduras tras regresar a la carrera.

—No podemos retrasarnos más tiempo —anunció el capitán con tono grave—. Partimos.

Habían amarrado sobre las grupas de los corceles a los tres caídos y a la media docena de heridos, así como también ocuparon las monturas de los desaparecidos para transportar a los cuatro cautivos sarracenos, entre los que no se contaba al capturado por Domingo.

—Trató de escapar —arguyó este mientras controlaba con torpeza las bridas de su corcel—. Creo que fue inteligente, no les aguarda un futuro acomodado a los prisioneros.

—Y mucho menos después de haber perdido a ocho camaradas —completó Luis con tono lúgubre. Su mirada, afilada como la de un ave rapaz, mostraba un brillo opaco, quizá triste.

Las primeras luces de la mañana comenzaban a clarear en el firmamento. El frío arreciaba, y las ropas empapadas del sudor de Martín amenazaban en convertirse en un sudario gélido.

—¡Al galope! —ordenó el capitán a pleno pulmón.

Y el destacamento partió con todos sus soldados conscientes de que, en aquel momento, ellos eran la presa si los turcos contaban con más tropas en la zona, puesto que la noticia de su incursión no pasaría desapercibida.

Las desgracias nunca llegan solas, pensó Martín, ya que tras una hora de trayecto, sufrieron una emboscada en un paso estrecho próximo a la costa. El terreno, irregular y afilado como si hubiera sido tallado por la mano de un gigante, era idóneo para la traición. Y así, ocultos tras la vegetación que se alzaba entre los riscos de una angosta garganta, los turcos se cobraron cinco vidas e hirieron a cuatro hombres más después de dos rociadas de sus arcabuces.

Cuando la expedición traspuso las puertas de la fortaleza, contaba con diez bajas y siete heridos, entre los que se contaba el propio capitán malherido en un brazo y cuatro cautivos.

—Por mis muertos que lo van a pasar mal esos herejes —masculló con odio Jaime de Barra. Uno de los caídos en la emboscada había sido camarada suyo desde el inicio de su carrera militar, y había sufrido tantas penalidades en el campo de batalla como él.

—Mierda de oficio —protestó Domingo mientras desmontaba con gesto cansado—. Te bates en mil batallas, y sales vivo de todas excepto de una maldita emboscada tendida por cuatro malditos herejes.

Escupió con rabia. No había honor en la muerte de sus camaradas durante la emboscada, algo que los hería más todavía. El cabo Dorlik se aproximó hasta ellos y sostuvo las riendas del corcel de Domingo mientras este trataba de descender con muy poca habilidad.

—Guarda tu odio para otra ocasión —dijo—. Doce turcos han caído esta noche de mi mano.

Domingo esbozó una leve sonrisa.

—Me debes un pellejo del mejor vino que encuentres en la ciudadela —contestó con tosiedad—. He enviado a quince de ellos a cenar con su preciado Alá.

—Ahora solo queda que el maestre encuentre satisfacción en estos cuatro prisioneros —apuntó Diego. Se limpiaba el rostro con una manga de su jubón y observaba con desconfianza la torre del Castillo Alto, donde el maestre se alojaba—. De lo contrario, mandará otra expedición para cosechar más prisioneros.

—No lo creo —replicó Martín, más optimista que su compañero.

Rubén, tan sucio y fatigado como sus camaradas, apoyó la mano sobre uno de sus hombros.

—El gaditano se ha marcado un farol —susurró con sorna, como si deseara no continuar con aquella conversación—. No sabe contar más de diez, porque no le llegan los dedos para ello...

—¿Se lo dirás tú? —replicó Martín compartiendo su sonrisa. Había perdido compañeros en la expedición, pero al fin y al cabo todos los miembros de su cuadrilla habían sobrevivido, por lo que no pudo ocultar su satisfacción.

—¡Ni harto de vino! —exclamó Rubén mientras alzaba las manos de manera ceremoniosa, como si saludara al vencedor de la apuesta.

IV

Aquella noche fueron trasladados hasta un corral techado por un toldo sucio y deshilachado, ya que al parecer del furriel de la compañía tenían derecho a un alojamiento más amplio y ventilado, después de su buen hacer en la cabalgada. Un puchero de gachas con tocino presidía la amplia mesa de madera desgastada, y a su alrededor los soldados despachaban el guiso después de haberse enjuagado los rescoldos de la expedición.

—Por los camaradas caídos —exclamó Jaime de Barra de manera solemne mientras alzaba su jícara de vino.

Todos bebieron en honor a ellos y prosiguieron atacando la cena con igual ferocidad con la que horas antes habían matado turcos. Domingo se limpió el mostacho con el dorso de la mano y se giró hacia los dos mochileros que los acompañaban. Estos también disfrutaban de su ración de gachas, y sonrieron al gaditano.

—Mierda de oficio os espera —dijo lentamente. Su mirada, ligeramente vidriosa por el abundante vino que había trasegado, contemplaba a los muchachos con desasosiego.

—Déjalos tranquilos —intervino Luis de Jaén.

Él y Rubén habían mudado sus ropas y estudiaban la posibilidad de emplear la noche libre en visitar una de las pequeñas tabernas instaladas entre los chamizos de la zona baja de la ciudadela. Uno de los muchachos era un pariente lejano suyo, huérfano de padres y sin otra familia más que él, de manera que el zagal no tuvo más remedio que acompañarlo como mochilero. Y era tan evidente el parecido entre ambos que Rubén afirmaba, con mucha guasa y siempre a espaldas del interesado, que en realidad el muchacho era el fruto de uno de los múltiples escarceos del jienense. El compañero de Sancho, quien así era conocido en el tercio, era un muchacho algo mayor que él que se alistó como único recurso para evitar el hambre que lo aguardaba en su Ávila natal. Era corpulento y más bajo de estatura que su compadre, de mirada inteligente y decidida. Lo llamaban Lope.

—Mierda —repitió Domingo arrastrando las letras y acentuando su acento andaluz como si lo despreciara—, díselo a la viuda y al hijo de Rodrigo de Brioco. —Se incorporó, tambaleante, y alzó la voz—. Decidles: «Vuestro amado Rodrigo fue abatido en una emboscada, a traición, por arcabuceros turcos que ni siquiera mostraron sus pestilentes barbas». Pero antes contadles que el desgraciado no logró hacer olvidar el deshonor de Crecentino. ¡Decídselo!

Y apuró su bebida antes de alejarse renqueante. Un largo silencio se extendió hasta que tanto Rubén como Luis y Jaime se alejaron del lugar. Diego apartó su escudilla y se acomodó en su jergón, no muy apartado de una improvisada fogata, que junto a la luz tenue de un puñado de hachones ofrecía algo de claridad. Aquel lugar podría ser más amplio que su alojamiento anterior, pero el viento de la noche era gélido en aquellas latitudes, y el toldo apenas ofrecía protección. Martín, a quien sus camaradas habían dejado a solas con los dos muchachos, se sirvió algo más de vino.

—¿Qué les pasó a vuestras mercedes en Crecentino? —preguntó en voz baja Lope.

Martín se giró hasta ellos.

—Algo que espero que no os suceda nunca —contestó mientras observaba el caldo aguado de su pocillo de barro—. El peor de los castigos.

Guardó silencio apesadumbrado por los recuerdos de aquel desastre. Maldijo en silencio a Domingo: no debería haber mentado el suceso.

—Cuando tengáis edad para merecerlo —prosiguió lentamente, como si temiera más al silencio que a sus palabras—, seréis soldados si ese es vuestro deseo. Mas no esperéis una vida de riquezas y honores, como habéis podido comprobar en persona. La paga no llega casi nunca a tiempo, puesto que el bolsillo de nuestro rey suele poseer numerosos agujeros que lo sangran de manera impune.

Bebió un sorbo y prosiguió:

—El único peculio que puedes reunir es el que tú mismo te labras, si tienes la suerte de asaltar ciudades o villas enemigas. El botín que logres será lo que te permitirá sobrevivir durante el tiempo que os consientan los tahúres, las mancebas y otros piojos que siguen la estela de nuestro ejército para alimentarse de él.

Se aclaró la garganta con un nuevo tiento a su bebida.

—Pero el año pasado los Tercios Viejos de Lombardía, Sicilia y Nápoles nos amotinamos. No será ni el último ni el único motín de españoles, pardiez, pero no creo que se repita otro como el que nosotros protagonizamos. No es grato recordar aquellos días, pero sus consecuencias las padecemos a diario.

—¿En Crecentino? —inquirió Sancho, pero Martín hablaba con la mirada perdida, como si se dirigiese a un confesor invisible.

—Rapiñamos las tierras italianas, y muchos de mis camaradas forzaron a mujeres y mataron de manera cruel y despiadada a cuantos osaron interponerse ante ellos. Nuestro maestro, don Francisco de Sarmiento, logró recomponer a los hombres gracias a la fortuna personal del marqués del Vasto, el maestro general de la zona, y a los recursos que logró empeñando su palabra. Cuando cobramos una parte de lo adeudado, fuimos convocados hasta Crecento, donde nos castigaron como sin lugar a dudas nos merecimos.

—No todos merecieron tal castigo —intervino Diego desde su jergón—. Los vizcaínos de la bandera de Machín de Munguía apenas robaron algunas piezas de ganado y un puñado de barriles de vino, y todo ello para aplacar el hambre que le agujereaba los estómagos.

—O como el teniente Dorlik —añadió Martín—. Se cuenta que mantenía una relación más que amistosa con una viuda, y cuando estalló el motín, se apostó en el rellano de la puerta de entrada de su amada mejor armado que si marchara contra el turco: montó guardia sentado sobre una silla de madera con dos arcabuces, tres pistolas y su espada dispuesto a defender el honor de la casa.

Diego se incorporó y lo interrumpió:

—Y lo logró, al parecer, puesto que siete asaltos sufrió, y siete cadáveres se amontonaron a sus pies. La octava intentona fue frustrada sin alzar arma alguna, puesto que a un puñado de borrachos que hicieron acto de presencia se les secó la sed de sangre (y de lo demás) con tan solo contemplar el panorama. Así que, después de santiguarse y pedir disculpas por la intromisión, se alejaron con más miedo que honra.

—Pero todo el tercio fue castigado —continuó Martín con la mirada lúgubre—. Fuimos disueltos.

Guardó silencio, de nuevo, y apartó el vino como si deseara mantenerse sobrio para recordar aquel momento.

—La mayor humillación que puede sufrir un soldado —continuó Diego— es ser testigo de la caída de su bandera. No existe mayor afrenta, y cualquiera de nosotros daríamos la vida por mantener en alto nuestra bandera bien visible en el campo de batalla. Es un símbolo, zagales: por ese trozo de tela han vertido su sangre miles de hombres anónimos pero iguales que nosotros; pobres, soberbios y orgullosos. Cuando la bandera es derribada, nuestra honra es mancillada.

Diego habló con la voz quebrada, y tras pronunciar sus palabras, giró el rostro para no volver a hablar más en toda la noche. Martín continuó la narración, también de espaldas a los muchachos:

—Vimos cómo las banderas de nuestro Tercio Viejo de Lombardía caían gracias a nuestros actos. Las astas fueron quebradas y los paños quemados en una gran hoguera. Muchos de mis camaradas lloraron, otros nos mantuvimos impassibles, ahogando el dolor con el orgullo malherido, pero nadie rompió la disciplina. El tercio fue derrotado, pero no por ningún enemigo, sino por nuestros actos viles. Y el recuerdo de esta desgracia nos perseguirá hasta que nos entierren, así que perecer sin la oportunidad de borrar tal mancha en nuestra honra es peor que cualquier infierno que nos aguarde en la otra vida.

Los muchachos habían escuchado inmóviles, sorprendidos por el dolor que, de pronto, habían expresado aquellos dos soldados de mirada dura y férrea, y que reflejaba de manera exacta el dolor que abrasaba el alma de los antiguos miembros del disuelto Tercio Viejo de Lombardía. Comprendieron el motivo por el que ninguno de los soldados del recién creado Tercio de Sarmiento, como era llamado provisionalmente hasta que el emperador Carlos I tuviese a bien bautizarlo, se lamentaba por el exilio al que se habían visto sometidos en aquella fortaleza solitaria rodeada de turcos ávidos de sangre cristiana.

La mañana llegó cubierta por un espeso lienzo de nubarrones. Todos los soldados que no se encontraban de ronda fueron convocados a la explanada principal de la fortaleza. Allí, los cuerpos fatalmente alineados de tres mujeres se balanceaban a merced del viento siempre frío que soplaba desde el interior de las montañas. La visión de las ahorcadas levantó un murmullo generalizado entre los soldados, puesto que la pena de muerte en un recinto militar tan solo se le reservaba a los traidores o a los centinelas demasiado dormilones. El alguacil del tercio, don Rodrigo Antúnez, era un hombre de talla baja y corpulento, cabello y barbas espesas y del color del carbón más oscuro, mirada fría y voz autoritaria. Vestía un coselete de cuero color ceniza, capa a juego y largas botas de cuero desgastado. Mantenía apoyada la mano derecha sobre el pomo de su espada mientras aguardaba a que sus ayudantes acallaran las voces. A sus espaldas, las figuras de Rubén de Aragón, Luis de Jaén y Jaime de Barra se alzaban con miradas serias y ropas cubiertas de sangre y polvo.

—La pasada noche —comenzó el alguacil con su vozarrón imponente— los soldados aquí presentes, pertenecientes a la bandera del capitán don Machín de Munguía y Gorostiola, fueron seducidos por las tres daifas que tienen a bien compartir el estrado con nosotros. Con engaños y embustes los condujeron hasta el exterior de la ciudadela, donde aguardaban una docena de turcos que muy bellacamente los asaltaron. Las ahora ya difuntas, creyendo que el negocio era seguro, regresaron hasta la taberna donde trabaron más amistades, a fin de reclutar otros tantos infelices para enviarlos al infierno. Pero hete aquí que estos tres soldados aparecieron, para desgracia de las ramerías, en la puerta de la taberna después de haber despachado a los doce herejes, pues al parecer una proporción de cuatro a uno no es suficiente para apuñalar a traición a los soldados que sirven en la bandera del capitán don Machín de Munguía.

Un murmullo de aprobación se extendió en el lugar, y los compañeros de bandera de los tres soldados irguieron los mostachos con el orgullo inflamado por las palabras del alguacil.

—Yo mismo fui testigo de tal acción —prosiguió este agitando los brazos para reclamar silencio—, e impedí con gran esfuerzo que los soldados agraviados ejecutasen de inmediato a las traidoras, pues en este tercio la facultad de administrar justicia no se encuentra en manos de los soldados, sino de quien hoy les habla. Y aquí cuelgan lindamente las tres mujeres después de confesar sobre esta y otras cuestiones. Su excelencia el maestro don Francisco de Sarmiento ha establecido, bajo pena de muerte

para quien la incumpla, la prohibición de abandonar la ciudadela durante la noche. El turco acecha en el exterior, como vuestras mercedes han podido comprobar de primera mano, de manera que los centinelas que vigilan las puertas compartirán balanceo con las tres presentes si se atreven a abrir las puertas sin la orden expresa de nuestro maestro.

Los soldados guardaron silencio ante la gravedad de las palabras del alguacil, pues eran muy abundantes las salidas nocturnas, aún a riesgo de caer acuchillados por el enemigo. Los campesinos y pescadores de la zona eran generosos con los soldados cuando estos visitaban sus casas durante dichas salidas, siempre y cuando las monedas con la efigie del emperador tintinearán en sus bolsas y les engrasasen con largueza las manos codiciosas, no importándoles que sus mujeres asistieran a los soldados en cuantos menesteres precisaran. En una guarnición alejada de todo contacto cristiano, y con la certeza de una pronta aparición de la media luna teñida en las velas del horizonte, cualquiera de sus componentes se encontraba en disposición de gastar hasta el último penique antes de la batalla. El riesgo era asumible para soldados como ellos.

El alguacil descendió del cadalso con gravedad y la multitud se dispersó entre protestas, votos a tal, vidas de Cristo y semejantes lindezas pronunciadas por los soldados más proclives a las visitas exteriores nocturnas. Algunos de los vizcaínos acudieron a estrechar las manos de los tres protagonistas y, tras alabar su honra y virtud, fueron invitados a remojar los mostachos con el mejor de sus vinos vascuences; pues si bien estos siempre fueron reacios a aceptar la presencia de foráneos en su bandera, cuando se trataban de hombres diestros y cuajados frente al turco, eran tan bienvenidos como si hubieran nacido en el interior de la propia Vizcaya.

Martín alzó la antorcha y con la diestra tentó el pomo de su espada. Montaba guardia en el muro norte del Castillo Alto, donde aquel condenado viento gélido lo entumecía a pesar de encontrarse aún en pleno mes de julio. La figura embozada que caminaba por el adarve no mostró interés alguno por él hasta que se detuvo a pocos metros. O el desconocido pronunciaba el santo y seña, o no tendría más remedio que enviarlo al infierno de inmediato.

—El viento es frío en esa tierra montañosa —dijo la voz del maestre Sarmiento.

Martín guardó silencio, asombrado por la presencia de su superior, aunque ligeramente molesto porque este no hubiera tenido el detalle de darse a conocer previamente.

—Y más si su excelencia camina por la ronda sin protección —contestó con osadía: pues el maestre bien podría haber recibido una mojada de su espada si no lo hubiera reconocido, lo que le habría reportado gran desgracia.

El maestre Francisco de Sarmiento se aproximó hasta Martín, y la luz de la antorcha lo iluminó ligeramente: vestía de oscuro, quizá con alguna protección de cuero de calidad debajo de una gruesa capa, espada al cinto y amplio sombrero con pluma. Bien podría tratarse de un camarada o de un espía. Posó la mirada en el exterior de la ciudadela, zambulléndose en la oscuridad salpicada por las luces de las casamatas desparramadas en las cercanías. El cielo apenas mostraba un ligero resplandor, pues los espesos nubarrones no habían aclarado el firmamento. El viento aulló, como si deseara darle la razón.

—El capitán Machín de Munguía se encuentra muy satisfecho con vuestra incorporación a su bandera —dijo este con voz conciliadora.

—Y nosotros estamos honrados de formar parte de ella, excelencia.

Sarmiento se aproximó hasta una almena y apoyó las manos enguantadas sobre ella.

—También me habló sobre un asunto común a él y a vuestros camaradas.

El corazón de Martín se detuvo durante un instante. ¿Es que debería estar al corriente hasta el mismísimo emperador? Tragó saliva.

—Nuestros asuntos, excelencia, son nuestros asuntos —replicó con descaro. Si el maestre deseaba sacar beneficio de su trabajo, sus camaradas seguramente montarían en cólera; contaban ya con demasiados piojos alrededor de ellos.

—Descuide, señor soldado. —El maestre mantenía la mirada hundida en el exterior, y hablaba con sosiego—. No deseo inmiscuirme en vuestros asuntos.

—Os lo agradecemos, excelencia.

—Me figuro que vuestra merced está al corriente de la partida de los italianos.

—Así es.

—Las últimas noticias nos indican que la flota de Barbarroja se encuentra muy cerca de nosotros. Mañana evacuaremos a la población que lo desee.

Martín guardó silencio. ¿A dónde deseaba llegar el maestre?

—Y me supongo que estará al corriente, señor soldado, de que es poco probable que recibamos socorro a menos que lo obtengamos por nuestros propios medios.

Aquello era algo que todos los miembros del tercio sospechaban: la partida de los italianos, al mando de su capitán Andrea Doria, indicaba que la amenaza era mayor a las cuarenta galeras que este dirigía y que había puesto la proa en dirección a Venecia,

dejando en la ciudadela al capellán Jeremías y un puñado de marineros italianos que solicitaron permanecer en la ciudadela.

—Si Dios lo dispone, así será —contestó al fin Martín, ligeramente descorazonado. No comprendía el rumbo de la conversación.

—Lo ha dispuesto Su Majestad —replicó el maestre con un tono algo más duro.

Se giró y clavó la mirada en el soldado: inteligente, decidida, con un poso de amargura similar al de los soldados del antiguo Tercio Viejo de Lombardía, ya disuelto.

—Somos un cebo para Barbarroja, y lo morderá con mandíbula de acero. Aún recuerda la pérdida de esta ciudadela y la emboscada en La Préveza hace poco. Nos golpeará con todas sus fuerzas.

—Se lo haremos pagar caro.

—No lo dudo. Pero si la situación empeora, precisaremos de todo nuestro coraje para sobrevivir. Me gustaría que tal asunto quedase resuelto antes de que el panorama empeore.

—Por si caemos —musitó Martín.

—Por si caemos, así es. Podría tratar de requisarle el documento al capitán Cimbrón, pero mucho me temo que me crearía un grave problema. Ya sabe: la honra y todo lo demás.

—Así es, excelencia.

—Llamar ladrón y traidor a un capitán español es una cuestión muy seria, señor soldado. Y peligrosa, si en poco tiempo vamos a tener la visita de los turcos. Sería muy incómodo remover la honra de una buena parte de la guarnición por culpa de un documento del que ni tan siquiera estamos seguros de su autenticidad. Preferiría que todos nosotros nos preocupásemos en cortarles las barbas a nuestros enemigos con la honra intacta. Hagan lo que hagan vuestras mercedes, espero que no levante sospecha alguna, y, por supuesto, espero que ningún capitán de este tercio se vea involucrado. Necesitaremos todas nuestras espadas disponibles.

—Como ordene su excelencia.

El maestre asintió ligeramente con la cabeza y se giró, alejándose con paso decidido. Martín retomó la guardia pensativo. Aquella orden, pronunciada por el mismísimo maestre, los dejaba al margen de toda protección posible. Si eran descubiertos registrando las pertenencias de los hombres del capitán Cimbrón, serían colgados como ladrones sin reparo alguno. Ni la autoridad del capitán Machín de Munguía ni la del propio maestre los protegería, porque supondría enfrentarse al capitán Cimbrón, y era mucho más sencillo sacrificar a los peones más débiles.

En efecto, aquel documento era asunto suyo, y el maestre nunca tuvo tanta razón.

¿Qué te ha parecido lo que has leído hasta ahora? ¿Te apetece acompañar a los soldados del Tercio? Te advierto que el resto de los relatos son adictivos y no vas a poder parar de leer.

Si te apetece seguir leyendo, puedes encontrar más información [aquí](#).